LAS SERGAS DE ESPLANDIÁN COMO CRÍTICA DE LA CABALLERÍA BRETONA

Bien conocidas son las censuras que, mucho antes de la sátira cervantina, dirigieron moralistas y teólogos contra los libros de caballerías. El canciller Pero López de Ayala lamenta el tiempo que había consumido leyendo tan vanas ficciones. A lo largo del siglo XVI, sobre todo en los años que preceden a la Contrarreforma que culmina en Trento, menudean las críticas que desde diversos puntos de vista se lanzan contra este género novelesco tan popular. [1] Santa Teresa confiesa como un pecado de su niñez el haberse entregado a la fruición mundana de estas lecturas. Del conjunto de las censuras que los eruditos han espigado entre los escritores del siglo XVI, podemos formar dos grupos principales de objeciones: unas, de carácter moral y religioso, piensan en la influencia perniciosa que en las almas jóvenes pueden ejercer las liviandades amorosas en que tales libros abundan (Vives, Fray Antonio de Guevara, Melchor Cano, etc.); por lo menos se malgasta el tiempo en leerlos, «... y gastan y dañan con hastío el gusto del entendimiento para leer otros libros buenos y provechosos» (Diego Gracián).

Sin embargo, la Inquisición, rígida en materia de fe, pero tolerante en lo que a las costumbres se refería, no incluyó en su *Índice* ningún libro de caballerías, ni tachó más

[1] Véase bibliografía en MENÉNDEZ PELAYO, *Orígenes de la Novela*, I, 184 y siguientes; AMÉRICO CASTRO, *El pensamiento de Cervantes*, Madrid, 1925, pág. 26; RODRÍGUEZ MARÍN, notas al cap. VI, P. I., de su edición del *Quijote*.

que alguno que otro párrafo suelto—y esto muy raras veces—por motivos dogmáticos, no morales.

Desde el punto de vista artístico, los libros de caballerías eran reprobables no sólo por mentirosos, sino por inverosímiles. Sus disparatadas invenciones desbordaban todo el sentido de la proporción y armonía que debía presidir la composición literaria, según las normas horacianas. Pero en el terreno del Arte habían de encontrar estas ficciones su mejor defensa: si bien era cierto que no podían equipararse a la Historia, entraban de lleno en las leyes del poema épico, y frente al precepto aristotélico de la verdad y la verosimilitud, se exhibía la consideración—aristotélica también—de lo *universal poético* como superior a lo *particular histórico*. Con razón subrayaba Menéndez Pelayo la importancia de la conversación de Don Quijote con el canónigo (P. I, cap. XXXVIII) como reflejo de las ideas que a este respecto agitaban a la crítica literaria de entonces. Américo Castro, con sabia penetración analítica, ha puesto en claro cómo encantaban a Cervantes las posibilidades de los libros de caballerías, y cómo ante ellos sitúa su pensamiento en el vaivén característicamente suyo entre lo que «debe ser» y lo que «es» o «puede ser». [2]

En los últimos años del siglo XV, fresco aún el recuerdo de la toma de Granada, el viejo regidor de Medina del Campo, Garci Ordóñez de Montalvo, se aplica a la tarea de poner en *polido estilo* los antiguos textos de *Amadís de Gaula*, y a añadirles por su cuenta un cuarto y un quinto libros, este último con el título de *Las Sergas de Esplandián*. Cuando lo imprime (1510, y probablemente antes) no había comenzado el segundo Renacimiento; nada podía saber de la *Poética* de Aristóteles, no descubierta todavía; ni se habían levantado contra el género las censuras de los teólogos precursores de Trento, ni había tomado consistencia el tirón con que el realismo renacentista había de frenar las quimeras de la andante caballería. Pero el honrado regidor

[2] *Ob. cit.*, págs. 23-67.

siente en su espíritu un vago desasosiego ante las páginas de aquel libro cuyo estilo pule con paciente entusiasmo. Echa de menos algo, y le sobra no sé qué en aquel ambiente artúrico en que tan embebido se halla. Le asaltan preocupaciones morales y estímulos patrióticos; reparos religiosos y cierta intuición de modernidad que no encaja del todo en las hazañas de aquellos paladines de la corte medieval del rey Lisuarte. Y al paso que se aplica a moldear clásicamente los párrafos sonoros que pone en boca de Amadís, intercala en los tres viejos libros consideraciones didácticas de su cosecha; añade un cuarto libro para atar los cabos sueltos de los tres primeros, pero también para hacer resaltar el carácter canónico del casamiento de Amadís con Oriana y poner en boca de Urganda la Desconocida frases de la más perfecta ortodoxia, como preámbulo de sus predicciones y hechicerías; y finalmente, en *Las Sergas de Esplandián* nos da su libro de caballerías propio, libre ya para mantener con el relato anterior los contactos que le plazcan.

Menéndez Pelayo estudió con amplitud las diferencias entre el libro IV y los anteriores. En otra ocasión me ocuparé de las interpolaciones de Montalvo en los tres primeros libros. Ahora trataré sólo de lo que *Las Sergas de Esplandián* significan como crítica, corrección y rectificación de los ideales de *Amadís*. El hijo de Amadís y Oriana viene en cierto modo a enmendar al padre, del mismo modo que había de oscurecerle por la gloria de sus inauditas caballerías. Claro es—como decía el cura que hacía el escrutinio de la librería de Don Quijote—que no le ha de valer al hijo la bondad del padre, y que también ahora no nos parece del todo injusto que *Esplandián* abriera la serie de los libros destinados al fuego purificador. Pero Montalvo, escritor nada vulgar y buen conocedor del género que cultivaba, puede ser para nosotros indicio de tiempos nuevos, y tanto lo que continúa como lo que desecha en la caballería de Bretaña, hacen de él el primer crítico del género que contribuyó a divulgar en mayor medida que ningún otro autor.

VANA GLORIA DESTE MUNDO.—Ya en el libro VI de *Amadís* (cap. XXXVIII), Montalvo nos presenta al rey Lisuarte entristecido por la derrota que le habían infligido los caballeros de la Insola Firme, aunque satisfecho de que su mente se hubiese iluminado con el conocimiento de la sinrazón que sin querer había cometido con su hija Oriana. En esta situación de ánimo, se acusa a sí mismo porque había vivido hasta entonces «teniendo en tanto la gloria del mundo, que de todo punto le había fecho olvidar el reparo de su ánima». [3] Estas palabras, unidas a las frecuentes consideraciones morales que esparce a lo largo del libro IV, son el preludio del viraje que va a dar la novela en sentido didácticomoral, como si su espíritu quisiera enlazarse con la tradición medieval de Lulio, de don Juan Manuel, de la *Obra de mossen Sent Jordi e de cavallería*, atribuída a Pedro el Ceremonioso, y de los numerosos libros que en el siglo XV se escribieron para dar a la caballería norma jurídica y dirección ideal.

En las *Sergas* no vacila ya Montalvo en calificar las *afruentas* de la caballería bretona como *vana gloria deste mundo* y *locura conocida.*

«Ea, buenos señores—dice Esplandián dirigiéndose a sus guerreros—, que éstas no son como las aventuras de la Gran Bretaña, que más por vana-gloria y fantasía que por otra justa causa las más dellas se tomaban; que si la ira y saña en aquélla gravemente os eran defendidas, en estas que agora se os representan, no tan solamente no es pecado ejercitarlas, mas ante aquel muy alto Señor Dios muy gran mérito se gana...» (c. LV, página 459 b).

«Mas porque ya las cosas del rey Amadís a este nuestro cuento no convienen, como pasadas y recontadas antes desto, desde agora se dejarán, por haceros saber aquellas de aquel [Esplandián] que con más esfuerzo y con más fe, por otra más diversa y católica vía, las procuró y pasó así a la honra deste mundo como a la salvación de su ánima» (c. LXVIII, página 470 a).

Muchos caballeros acuden en ayuda del emperador de Constantinopla:

[3] Pág. 347 a. Todas las citas de este artículo van referidas a la página y columna de la edición de Gayangos, tomo XL de la Bibl. de AA. EE.

«... que estos todos de una voluntad, sabiendo el santo propósito de Esplandián y cómo andaba envuelto con los turcos, y porque ya en la Gran Bretaña todas las aventuras cesaban, como cosas que no pertenecían mucho a la salvación de sus ánimas, teniéndolas en comparación de las que Esplandián hacía por una grande y vana locura, acordaron... pasarse a la montaña Defendida a servir a Dios...» (c. LXXVIII, pág. 479 b).

«... cada uno aderezó aquello que le convenía para el negocio, considerando que aunque los cuerpos, que eran de tierra, la tierra los gozase, las ánimas serían subidas en aquella gloria para que habían sido criadas, y si en las aventuras de la Gran Bretaña, en que se habían criado y pasado mucho de su tiempo, grande esfuerzo tuvieron, teniéndolas por vanas y por locura conocida, mucho más les crecía en éstas en que esperaban ponerse...» (c. LXXXI, pág. 482 a).

El contraste entre el espíritu religioso de nuestra caballería y el aire exótico lleno de resabios paganos de las novelas artúricas, lleva a Montalvo a hacer que el propio Amadís reniegue de sí mismo, imperdonable falsificación artística del personaje en que se cifraban todas las virtudes. En carta dirigida a don Galaor, su hermano, dice:

«... Por eso, hermano, acordándoseos de los tiempos pasados en liviandades, en que por las seguir muchas veces al punto de la muerte fuimos llegados, y como quiera que los cuerpos en esta vida quedasen y las ánimas sin haber hecho dellas enmienda condenadas están, es razón que volviéndonos a la verdadera razón, con todo cuidado reparemos aquello que casi como en olvido tenemos...» (c. LXXXIII, pág. 530 a).

En términos parecidos envía otra carta a su padre el rey Perión, en el capítulo siguiente. No puede darse impugnación más terminante del espíritu de los tres primeros libros. Al ponerla Montalvo en la pluma del protagonista, contradecía en su raíz la creación más pura de la ficción caballeresca, la más estilizada expresión de un arquetipo humano que los siglos medios habían ido elaborando. Al comenzar la Edad Moderna, el caballero errante de las aventuras solitarias tiene que sumarse, en la novela y en la vida, al bloque católico y cesáreo de las grandes empresas colectivas.

CABALLERÍAS SINGULARES Y GUERRA GUERREADA.— Las incomparables hazañas de Esplandián vienen a en-

marcarse en un conjunto superior a él. El protagonista es servidor de Dios y defensor de la cristiandad amenazada; forma parte del ejército del emperador de Constantinopla y pelea a las órdenes de Frandalo, que en gran parte de la obra es el estratega y verdadero protagonista de las operaciones militares. Esplandián no dirige la campaña, sino que es el brazo ejecutor del pensamiento ajeno; él decide con su esfuerzo el éxito de las batallas más peligrosas; sin su presencia las tropas cristianas no podrán obtener tan difíciles victorias; pero el mando supremo no le pertenece, al revés de su padre Amadís, el cual, cuando abandonaba las caballerías singulares para tomar parte en una guerra, tenía siempre la dirección efectiva de las batallas: era a la vez director y ejecutor del combate.

A menudo nos explica el autor la diferencia entre las batallas individuales y la «guerra guerreada». *Tirant lo Blanch* algunos años antes, había empleado la expresión «guerra guerrejada» en oposición a las *requestas* personales de los caballeros. En las *Sergas*, Frandalo habla a los combatientes de Bretaña, y compara las aventuras pasadas en su tierra con las que van a emprender ahora:

«... que si no fuesen algunas batallas que de rey a rey han pasado, todo lo demás han sido aventuras de vos encontrar unos con otros, como caballeros que por estilo teníades de caminar solos creyendo que mucha más gloria y esfuerzo aquello vos causaba que andar en compañía de otros; pero acá, buenos señores, no podéis este estilo seguir sin peligro de la muerte...» (c. LXXXII, pág. 482 b).

Y más adelante insiste en que

«... las hazañas dellos... así como desafiados de unos por otros se hacían, y las suyas a manera de guerra guerreada» (c. LXXXIII, pág. 484 a).

Además había que combatir con gentes de baja condición, contra las cuales sería deshonroso pelear en su tierra; y—razón suprema—ellos eran cristianos y sus enemigos, paganos, ajenos a toda piedad; ante ellos no había más recurso que morir o matar, porque no practicaban la cortesía con el vencido. En la guerra contra los infieles, la saña no era pecado—como en las aventuras de Bretaña—, sino que

Dios la miraba como un mérito (pág. 459 b). Quiebra con ello uno de los más altos sentimientos de los antiguos caballeros, ante la consideración de los fines a que sirven; no pelean ahora para sí, sino en pro de principios superiores: *sic vos, non vobis.*

Las grandes monarquías absolutas formadas en el Renacimiento según el modelo imperial romano, exigían la creación de ejércitos organizados y numerosos, e imponían un nuevo concepto estratégico distinto del que había dominado en la Edad Media. En el terreno de la ficción novelesca, no puede ser mera casualidad que dos escritores españoles, Joanot Martorell y Ordóñez de Montalvo, deformen el género caballeresco, y desvíen hacia la descripción de batallas de grandes masas el gusto por los combates singulares en que los caballeros de Artús fundaban su gloria personal. España se deshizo pronto del feudalismo y encabezó, en este aspecto, la marcha hacia los tiempos nuevos.

La cristiandad y los turcos.—No hay en el *Amadís* primitivo mención alguna de España. El sentimiento nacional de Montalvo apunta por primera vez en el libro IV aludiendo a un caballero llamado Fileno, pariente de don Brián de Monjaste, que había venido con gente de España; en lo más duro de la lucha «tomó consigo muchos de los españoles, que eran buena gente de guerra, e firió tan recio...» (pág. 320 b). En las *Sergas*, aunque la acción ocurre siempre en países remotos y a menudo imaginarios, los estímulos patrióticos del autor hacen aparición en algunos capítulos, especialmente en la exaltación de los Reyes Católicos que podemos leer en la página 505 b. Se lamenta de que los príncipes de la cristiandad se hallen divididos por sus ambiciones y no junten sus fuerzas contra los enemigos de la fe, y elogia a los reyes de España, que, con la expulsión de los moros y el establecimiento de la Inquisición, debieran servir de ejemplo a todos.

Vemos en estas líneas la preocupación nacional por los turcos, que habían tomado Constantinopla en 1453 y amenazaban a todo el Occidente cristiano. Montalvo, a falta

de una cruzada real, inventa contra ellos una cruzada imaginaria, pone a Esplandián al servicio del emperador bizantino, y obtiene las victorias aplastantes con que soñaba para aniquilar a los enemigos de Dios.

Se ha pensado que este desplazamiento de la acción novelesca hacia el Imperio de Constantinopla se debe a influencia del *Tirant*. Es evidente que los amores de Esplandián con la hija del emperador, y otros varios pormenores, indican a las claras la huella que en Montalvo dejó la lectura de la novela valenciana. Sin embargo, a mi modo de ver, el motivo central que le impulsa a elegir este escenario de las hazañas de su héroe, no es otro que la preocupación cristiana y española por el poderío turco que avanza, de la cual participaba intensamente Montalvo. Martorell seguía el relato de Muntaner sobre la expedición catalana al mando de Roger de Flor. Pero no olvidemos que comenzó a escribir su *Tirant* en 1460, cuando el eco de las victorias turcas resonaba por todo el Mediterráneo, y quién sabe si al elegir aquel tema y aquella fuente no pensaba en sus antepasados que habían destrozado en otro tiempo a los enemigos de ahora.

No hace falta insistir en que la inquietud por los turcos penetró profundamente en la sociedad española, porque está sobradamente atestiguada. Me limitaré a mencionar un romance que demuestra cómo el peligro turco impresionaba la fantasía popular: se titula *Incitamiento y conducta contra el gran Turco a toda la cristiandad*, escrito probablemente antes de 1534 (Rivad. XVI, pág. 150). En él se menciona a toda la nobleza española y a los reyes cristianos de Europa, exhortándolos a que formen una Cruzada. Aún después de Lepanto, la conversación sobre *si baja el Turco* seguía siendo la comidilla de las gentes ociosas. Importa sólo a mi propósito señalar la presencia del tema contemporáneo como realidad acuciante en la obra de Montalvo.

Caballeros cruzados, llama a los guerreros de Esplandián (c. CXLV, pág. 532). Este sentido de cruzada contra infieles no era, en verdad, cosa nueva. Era el mismo que informaba a las órdenes militares, el de la guerra multi-

secular contra los moros de España, el que había impulsado a la flor de la caballería europea a la conquista del Santo Sepulcro. Lo nuevo consistía en insertarlo en un libro de caballerías con todo el cortejo de encantadores, enanos, y gigantes de las leyendas célticas. Esta mezcla contribuye en gran manera al efecto abigarrado de la novela de Montalvo, a pesar de cierta habilidad de composición y de innegables cualidades de estilo, que hacen de ella la menos mala de las que en su género se escribieron después del *Amadís*.

Esplandián, a fuerza de ser bravo y creyente, deja de ser humano. Es un predestinado cuya personalidad se desvanece ante el soplo divino que mueve su brazo invencible; es instrumento ciego del poder que lo ha señalado para acabar las más estupendas hazañas. Pero sus acciones carecen de motivación propia, a diferencia de la deliberación previa a que Amadís sometía sus empresas: Dios estaba sobre él y le protegía, pero las obras brotaban de su libre voluntad y emanaban de un fondo ético que definía su carácter, como concreción humana de los más altos ideales caballerescos.

En la historia de los libros de caballerías, el precedente de Esplandián podría ser Galaz, elegido por el Señor para dar cima a la demanda del Santo Grial. Pero el héroe de la leyenda artúrica, más santo que guerrero, está rodeado de una aureola mística de que Esplandián carece. Ante esta falta de carácter de su protagonista, Montalvo sigue la técnica acumulativa de sucesos que sorprendan al lector por su magnitud desorbitada, e impulsa el género hacia el camino decadente de las enmarañadas *selvas de aventuras* que habían de multiplicarse hasta el siglo XVII. Percibe con más o menos confusión lo inactual de la caballería bretona y formula contra ella objeciones terminantes que socavan sus cimientos, al mismo tiempo que su fantasía se complace en idear una serie inacabable de descomunales lances, sin la coherencia interna que a los del *Amadís* comunicaba la personalidad del protagonista.

SAMUEL GILI GAYA.